

espontáneo poder de sugerencia—condición ésta, la más afín y única quizá, al arte de vanguardia—, en las poesías de este libro:

«El niño nada dice. Porque ha muerto
con un puente tumbado de abejas en la boca;
con párpados de alondra le haría yo una almohada
y en sus ojos redondos, un silencio sin olas».

(«Fantasía del niño muerto...» p. 87).

Un silencio sin olas... Bella metáfora.

Bien. Si el fondo—sin fondo—de esta poesía nueva es, como creemos, la sugerencia ¿qué quiere decir entonces el tercer verso, por ejemplo, de la estrofa citada: «con párpados de alondra le haría yo una almohada?».

Alondra, párpados, almohada... ¿qué relación tienen con un niño muerto? ¿La relación tal vez, de lo que está muerto y de lo que duerme? Entonces habría que decir: «una almohada levemente musical para el niño que está como durmiendo...»?

Indiscretas reminiscencias a García Lorca y a Neruda, y aún, al prologuista mismo Omar Cerda, nos hacen pensar indiscretamente, al leer algunos poemas de «Litoral celeste» (Anabella», «Recuerdo de mi hermano muerto...», etc.) en posibles y cuasi inevitables influencias de aquellos poetas sobre este poeta. «Quién a buen árbol se arrima...». Pero, ya el árbol joven de este nuevo poeta dará su propia sombra. Una bella sombra acogedora.—GUILLERMO KOENENKAMPF.


<https://doi.org/10.29393/At187-14COCV10014>

LA CULTURA OCCIDENTAL Y LA CONTIENDA EUROPEA, por *Carlos Vergara Bravo*

Se trata de un pequeño libro que por su contenido y por la firma que lo rubrica produce, en cambio, nutrida resonancia.

A primera vista, la de tratarse de una meditación de profesor universitario, cosa ya un poco fuera de costumbre en un país donde se acostumbra exageradamente el vivir enseñando con calcos. Pero luego de conocer al autor la explicación de este hecho se mira natural, puesto que Carlos Vergara Bravo es maestro de raza y varón de su tiempo que sabe fustigar toda molición, para realizarse dentro de una estricta perspectiva humana.

Este libro suyo lo retrata por dentro: es el tipo del hombre dado íntegramente a su vocación: la de enseñar. Y yo que le conozco, he constatado que no sólo habla, sin preocuparse del más allá particular y siempre lleno de historia y de problema de sus alumnos, sino que representa al que se da por encima de la cátedra y deviene camarada y guía, mano cordial y amigo de toda la vida. Es esta la única manera de llamarse maestro y cumplir dignamente el destino de tal. Carlos Vergara Bravo lo sabe y lo practica. Además, tiene el valor de ser libre para juzgar situaciones y enjuiciar hombres, lo que me ha movido a esta breve noticia de su obra, siendo nuestras posiciones ideológicas esencialmente diversas. Políticamente se podrá diferir de él, pero sería poco decoroso no reconocer en su persona a un ser que, en la medida de sus formaciones y puntos de vista, busca afanosamente la verdad: las páginas que glosamos nos lo prueban.

Es católico a la manera de Ossorio y Gallardo, es decir, católico substancial, nutrido más que por la forma, por el fondo de la doctrina y combatiente por la misma, aun contra los que van disfrazados de ella, con los riesgos que se suponen... Como el español, es abogado; y en el juego de intereses de la profesión eligió el ángulo de los oprimidos contra los opresores, esto es, decidió su curva profesional por la del Nuevo Derecho; el Derecho del Trabajo le abrió más cauce a su ansia de justicia y desde sus clases universitarias adoctrina para que cada alumno suyo, por el camino elegido, sea en un común denominador de limpieza, paladín del hombre. No lo dice, más se sub-

entiende que enseña no para la comisión examinadora, sino que para la vida. ¡Gran conducta! Dos preguntas organizan éste, su rápido volumen: ¿Qué actitud le cabe asumir al cristiano frente al actual conflicto europeo? ¿Qué perspectivas de realización se divisan para una cultura de tipo cristiano?

Responde así a la primera: «ningún cristiano puede ser partidario de Alemania en la actual contienda; no por sus objetivos próximos, en los cuales le asiste tal vez más justicia y moralidad que a sus contrarios, sino que por sus objetivos finales, que llevan necesariamente a una lucha entre el germanismo y el cristianismo, como elementos integrantes a nuestra cultura». (pág. 17); y enérgicamente se alza contra el «escándalo del racismo, el mayor escándalo que ha presenciado la humanidad y su página más negra y pecadora»; (nosotros, pensamos en Emilio Troise y en eso que «Los germanos no son arios»).

Para satisfacer a la otra pregunta, autopsia lo que es «una cultura de tipo cristiano», responde afirmativamente; sin embargo, reconoce que de surgir aquélla será en remotos tiempos por venir, después que se operen circunstancias, que analiza con ojo reposado.

Más que la obra de Carlos Vergara Bravo sugestionan problemas que su actitud plantea. Vivimos en Chile, (y es seguro que en el mundo), lo que podría llamarse «la hora de las palabras»: es en homenaje de ellas y por ellas que se agoniza no en poco. De este modo, por ejemplo, (y es el ejemplo que nos importa ahora), la expresión *espiritual* es poderosa espada de quienes tienen la sartén por el mango, en contra de los que socavan las bases de esta sociedad sin solución en sí misma. Es la palabra que sostiene la lucha de los enemigos del mañana diáfano; ellos sin ejercer ninguna función *espiritual* lapidan a los que no permiten que se continúe la explotación del hombre, de *materialista*, de negados de toda luz interna y grande; y la pantomima trágica y falsa se acrecienta con nuevos sonos. Son los que asientan su digestión en términos solemnes; los que lle-

van la farsa frontal al delirio y jamás realizan nada puro, nada que esté próximo al espíritu: sensuales, vanidosos, carentes de la aventura intelectual, adalides de lo que designan por tradiciones, debiendo designar verídicamente: traiciones. Estos falsarios han construido una especie de diccionario de la comodidad y de la indignidad y con sus palabras se defienden... mientras sus actos los desnudan para el desprecio de los años...! Pero acontece que los *materialistas* existen verticalmente al espíritu y, a la postre, en su abnegación, en su miseria y en sus sueños, resultan de la más rígida espiritualidad, de esa que define a Carlos Vergara Bravo y lo distingue de los que aparentemente poseen un nivel semejante al suyo (1).

Nuestras obras de análisis, de crítica social, no son abundantes; en 1940 se destaca ésta que comentamos no sólo por su dirección, sino que por la sencillez y nobleza de sus formas, despegadas de esa empalagosa erudición y ese retorcimiento asesino de algunos que bucean hondo y quieren una conclusión determinada. —ANDRÉS SABELLA.

(1) Casualmente, relejendo el 2.º Tomo del «Derecho Natural» de Fernández Concha, anoto en el Cap. I, referente a la Sociedad Conyugal y en el párrafo que trata de la Indisolubilidad del Matrimonio: «877. La disolución del vínculo conyugal repugna al derecho natural.

1.º Porque se opone a la igualdad en el contrato. En efecto, después de consumado el matrimonio, la condición de los esposos en orden a nuevas nupcias es altamente desigual. Ellas son fáciles al varón, no así a la mujer, que ha perdido los atractivos de la virginidad y de la juventud», (pág. 151), (nuestro es el subrayado).

Es tan terrestre, tan «groseramente materialista», la argumentación con que se quiere reforzar la premisa inicial, que llama la atención: las alturas espirituales de la mujer no hacen peso; en ella el valor reside poderosamente en el sexo, en la deleznable defensa de los 20 años...!

Este texto otorga las primeras líneas de la Universidad Católica de Santiago; yo señalo ésto con el ánimo nada más que de verificar el contraste «espíritu», «materia» que está de moda...

